

ciar las ideas religiosas á las ideas de libertad, figurando al frente de ellos los señores de Montalembert, de Falloux, Monseñor Dupanloup, el príncipe Alberto de Broglie, el Sr. Cochin, y con ellos los redactores del *Correspondant* y del *Français* y los oradores del Congreso de Malinas; los otros, capitaneados por Luis Veuillot, los redactores del *Univers* (1) y la mayoría del clero, rechazaban las doctrinas liberales, como se rechaza un error, casi una herejía. La adhesión á la fe católica era igual por ambas partes, gracias á lo cual la desavenencia no había de convertirse, á lo menos en nuestro país, en violenta separación. Pero dos conceptos tan distintos de las necesidades de la Iglesia debían inspirar dos lenguajes muy contrarios: en unos imperaba el deseo ardiente de tratar con ciertos miramientos las debilidades de la sociedad contemporánea; en otros preveía la resolución de mantener la doctrina en toda su rigidez y de consolidar sus cimientos como se fortifica una plaza contra los ataques inminentes del enemigo. El Sr. de Montalembert, Monseñor Dupanloup y sus amigos, puestos los ojos en los hermanos separados, es decir, en los protestantes y en los racionalistas, deseaban que el concilio, en vez de hacer más pesado el yugo de la fe, que ya lo era demasiado para muchos, se abstuviese de todo lo que pareciera reto á las doctrinas en boga ó ampliación del dominio sobrenatural; sus adversarios rechazaban estas prudencias puramente humanas: «Temed, decían, comprometer la unidad á fuerza de perseguir la unión.» Los liberales soñaban con una asamblea toda de paz y caridad que se dedicara especialmente á desarrollar las obras de beneficencia, á propagar los principios de solidaridad cristiana, á acomodar á las necesidades de la época los maravillosos recursos de la Iglesia; en el opuesto campo no se negaban las ventajas de este programa, pero se hacía observar que un concilio ecuménico no es un congreso, y que tiene por objeto hacer que brillen de nuevo las verdades inmutables sin cesar oscurecidas por las tinieblas humanas, no propagar simples consejos ó formular opiniones.

II

La lucha había comenzado, aunque no muy viva ni muy acerada todavía, cuando la *Civiltà cattolica*, periódico que se publicaba en Roma y recibía las inspiraciones del Sumo Pontífice, publicó en 6 de febrero de 1869 la lista de las futuras deliberaciones conciliares, diciendo que los debates serían seguramente muy cortos, que la mayoría de las votaciones se realizarían por aclamación, que la asamblea afirmaría los principios del *Syllabus*, que proclamaría como verdad revelada la Asunción de la Santa Virgen, y finalmente (y este sería el objeto capital de sus trabajos), que definiría y elevaría al estado de dogma la doctrina de la *infallibilidad pontificia*.

La información de la *Civiltà* fué copiada por la prensa religiosa y especialmente por el *Univers* (2), y propagada muy pronto por los demás periódicos. En realidad de verdad, la principal cuestión suscitada por el

(1) *L'Univers*, suprimido en 1860, había reaparecido en 1867.

(2) Véase *L'Univers* de 13 de febrero de 1869.

diario romano, ó sea la de la infalibilidad pontificia, era puramente teológica. Que el papa, unido á los representantes de la Iglesia universal, era infalible en materia de fe y de moral, ningún católico podía discutirlo sin incurrir en herejía; pero la mayoría de los doctores y escritores eclesiásticos iban más allá en la interpretación de los textos evangélicos, y fundándose en las palabras de Jesucristo á Pedro, sostenían que el papa, aun aislado del episcopado, gozaba del privilegio de la infalibilidad cuando hablando solemnemente á los fieles de cualquiera nación fijaba el dogma ó la moral. Esta creencia, bastante general, debía de ponerse por encima de todas las controversias y de ser definida como verdad revelada? Tal era la cuestión que la *Civiltà* exhortaba al concilio que resolviera por aclamación.

Esta cuestión, por grave que fuese, parecía, por los términos mismos en que estaba planteada, fuera de la competencia de la sociedad laica; de modo que, según todas las probabilidades, la controversia, en caso de que la hubiera, no había de traspasar, al parecer, los límites de las escuelas eclesiásticas; y, sin embargo, lejos de ser así, el terreno menos apropiado para la lucha había de transformarse en palenque, y los ánimos, dejando á un lado todo lo demás, habían de enardecerse por la más abstracta y ardua de las discusiones teológicas como se hubieran enardecido por una discusión política.

Veamos por qué rodeo la sociedad civil se inmiscuyó en un debate que por su naturaleza era completamente ajeno á ella. A la cuestión doctrinal de la infalibilidad iba unida una cuestión subsidiaria, á saber, si aun estando esta infalibilidad conforme con la tradición de la Iglesia, eran las circunstancias favorables para una definición dogmática. Examinado desde este punto de vista, el problema se ofrecía con elementos complejos y su solución podía verse influida no sólo por los argumentos teológicos, sino además por toda clase de consideraciones políticas y sociales. De aquí que muchos que se hubieran considerado incompetentes para tratar de materias dogmáticas se juzgaron en seguida muy competentes para apreciar una cuestión de oportunidad, y á esta solución se inclinaron los católicos liberales, los católicos autoritarios y muchos otros que no eran católicos.

Sucedió, pues, que algunos meses antes de que el concilio se inaugurara quedó discutido en los libros, en los periódicos y en las conversaciones públicas y privadas todo lo que debía debatirse en la asamblea de los obispos; teología, filosofía, historia, política, sociología, todo apareció mezclado con más estrépito que claridad, como acontece en todas las discusiones apasionadas, y ambos bandos ampliaron y aun desnaturalizaron el objeto de la controversia hasta el punto de englobar en ésta todo cuanto tenían empeño en combatir ó en afirmar.

Los liberales hacían observar que la Iglesia es una monarquía no absoluta, sino templada por una aristocracia, y que esta aristocracia está representada por los obispos, y recordaban que si el papa era el sucesor de Pedro, los obispos son los sucesores de los apóstoles, añadiendo los más osados que proclamar la infalibilidad separada era inclinar el papado hacia el absolutismo y substituir á las antiguas costumbres costumbres

nuevas. A estas consideraciones agregábase un argumento muy á propósito para conmover el corazón de Pío IX: cuando el Padre Santo habla multiplicado sus cariñosos llamamientos á la Iglesias orientales y á las comuniones protestantes de Occidente, ¿no sería hacer aún más honda la separación añadir una nueva causa de divergencia á las que ya existían? Manifestábase también el temor de que nuevas definiciones motivaran algunas nuevas rebeldías, y este temor se refería especialmente á Alemania, ese país de obstinada disputa y en donde habían nacido en otro tiempo tan formidables herejías. Se formulaba asimismo la objeción siguiente: si la proclamación de la infalibilidad ocupaba el primer puesto en los trabajos de la futura asamblea, ¿no parecería á los ojos del mundo que el papa, al convocar á los obispos, quería únicamente consagrar el aumento de su propio poder? ¿Cuánto mejor no era substituir este programa restringido con un programa más amplio! De este modo el concilio, en vez de chocar con la sociedad moderna, se acercaría á ella en un gran impulso de caridad y de amor, y de esta suerte se realizaría una unión fecunda en la que se fundirían todos los hombres de buena voluntad.

Así hablaban Montalembert y sus amigos, y al razonar de este modo se encontraban con aliados que no esperaban, tales como los últimos partidarios del galicanismo, antiguos adversarios convertidos en aprobadores. A estos concursos un tanto sospechosos se añadía, bajo una forma más ó menos velada, la adhesión de muchos prelados franceses que si bien no tenían, en verdad, gran confianza en la reconciliación de la Iglesia y de la sociedad moderna, mostrábase inclinados por varios motivos á refrenar á la Curia romana. Temían despertar los prejuicios de la sociedad civil y excitar las suspicacias de los gobiernos, y decían que si ya el *Syllabus* había dado lugar á muchas interpretaciones malévolas, de persistir en el mismo camino, la desconfianza se troearía en hostilidad. Otros se alarmaban por el poder temporal del papa; así el anciano cardenal Billiet, que por su edad avanzada no podía salir de su diócesis, escribía en 9 de julio de 1869 á Monseñor Dupanloup: «Monseñor, pido á Dios el don de la sabiduría para los que tendrán la dicha de asistir al concilio. Algunos, con un celo exagerado, aconsejan que se defina la infalibilidad. ¿Qué sucederá? Que se mortificará al emperador, que éste retirará sus tropas de Roma, y que los italianos entrarán inmediatamente en la ciudad, de la que no saldrán tan pronto (1).»

Los ultramontanos del *Univers* no se desconcertaban ni con los razonamientos de sus adversarios ni con las dudas ansiosas de una parte del episcopado, sino que se fundaban en la creencia general, casi universal, para abogar por la definición dogmática, y decían: si la infalibilidad pontificia está escrita en la tradición, en las obras de los Santos Padres y en las enseñanzas constantes de la escuela eclesiástica, ¿qué peligro hay en proclamar lo que desde tiempo inmemorial ha sido por todos tenido por artículo de fe? La luz sólo ofusca á los que tienen interés en prolongar las tinieblas. A los argumentos teológicos se añadían las consideraciones sa-

(1) Véase Lagrange, *Vie de Mgr. Dupanloup*, tomo III, página 129.

cadadas de la historia: desde principios del siglo habíanse debilitado en Europa las doctrinas separatistas y descreditado en Francia las máximas galicanas, y era oportuno aprovechar esta reacción y robustecer hasta el punto de hacerlos indisolubles los lazos que unían á los fieles al supremo pastor. El estado de la sociedad, lejos de imponer la reserva, parecía un motivo para proceder sin contemplaciones; pues con semí verdades, tímidamente expuestas, lo único que se lograría sería aumentar la confusión moral en que el mundo se agitaba. Se hablaba de paz, de conciliación, de unión de almas, pero no había otra paz sólida que la que descansaba sobre la fe íntegra en Jesucristo.

Tales eran los argumentos de ambas escuelas. Por muchos que fueran los conocimientos, los talentos y las virtudes de los católicos liberales, vióse muy pronto que todas las probabilidades se inclinaban del lado de sus adversarios, quienes tenían en favor suyo el número y el apoyo no disimulado de Pío IX, y además estaban favorecidos de un modo manifiesto por dos tendencias de índole muy diversa.

La primera tenía su origen en la misma situación del Padre Santo. Durante los últimos años habíase desmembrado el poder temporal y este despojo había causado en los católicos dolor é indignación profundos y hecho nacer en ellos el vehemente deseo de indemnizar al pontífice de sus desgracias y de acercarse á él con más respetuosos transportes, como se acercan á un padre infortunado sus hijos piadosos. Si en estas circunstancias se presentaba una ocasión de engrandecer al pontífice en la misma medida en que la Revolución había destronado al rey, los pueblos se entregarían con una sumisión incondicional, ilimitada. Así las cosas, planteábase la cuestión de la infalibilidad, y lo que para los teólogos era el triunfo definitivo de una doctrina tradicional, sería para los fieles un homenaje de filial reparación.

Otra tendencia, especial de la Iglesia de Francia, había de secundar las doctrinas desarrolladas por la *Civiltà*. Desde principios del siglo, un rasgo particular caracterizaba nuestra jerarquía eclesiástica, á saber, el olvido en que se tenía al clero rural. El Concordato, al reorganizar el culto católico, parecía haber ignorado la existencia de e a infinidad de sacerdotes que diseminados hasta en las aldeas más humildes ejercían su ministerio parroquial; ni les había conferido categoría oficial alguna, ni les había asegurado ninguna garantía para su curato, y el desdeñoso calificativo de *ecónomo* había puntualizado la situación en que se quería mantenerles. Sostenidos en sus puestos ó alejados de sus residencias, según la voluntad de los obispos, é ignorados por el poder civil, que había juzgado impropio de su elevada condición descender hasta tan abajo, los pobres curas habían soportado penosamente su suerte precaria. Indudablemente la sabiduría episcopal había hecho que fuesen muy raros los actos caprichosos; esto no obstante, la arbitrariedad subsistía, aunque corregida por la prudencia de una administración paternal, y los párrocos rurales, en su sujeción silenciosa, habían alzado sus miradas hacia el pastor supremo, hacia aquel que tenía todo el prestigio de la distancia y que sólo esperanzas despertaba, agrandándose de este modo la imagen de una autoridad dulce, cariñosa, reparadora,

que aparecía envuelta en un nimbo sagrado. En tales circunstancias habíase propagado el *Univers*. Imposible es explicar la influencia que sobre todo el pueblo eclesiástico ejerció Veuillot, maestro en la emoción como en la ironía y que sólo despojaba de sus rayos á todas las autoridades intermediarias para ofrecérselos al vicario de Jesucristo. En el entretanto, las nuevas comunicaciones rápidas habían permitido á algunos sacerdotes, aun entre los más pobres, realizar un proyecto hasta entonces quimérico, el de ir á Roma; y en 1862 y en 1867, en la época de las grandes fiestas pontificias, se les había visto en la columnata de San Pedro sumidos en un arrobamiento radiante que nada tenía de terreno. A falta de genio político, la naturaleza había prodigado á Pío IX todas las gracias exquisitas y encantadoras en que se reflejaba su alma; y los humildes viajeros llevaron á los curatos de aldea un recuerdo indeleble de aquel anciano vestido de blanco, cuya voz habían oído, cuyas vestiduras habían tocado y que bendecía á la ciudad y al mundo. De ello había nacido un culto apasionado que era preciso refrenar más bien que fomentar, porque fácilmente hubiera rayado en idolatría. En tal estado de las almas, la cuestión de la infalibilidad quedó resuelta en los corazones mucho antes de que la teología desarrollara sus argumentos. Además, todo aquel clero era pueblo, y el pueblo, sencillo por naturaleza, ama instintivamente todo lo que es concentración; así pues había de surgir un impulso poderoso que desconcertaría á los adversarios y arrastraría á los indecisos.

A medida que avanzaba el año 1869, acabaron de dibujarse los dos partidos. Entre los partidarios de la infalibilidad, los prelados más notables eran, en Francia, Monseñor Pie y Monseñor Plantier; en Bélgica, Monseñor Deschamps, y en Inglaterra, Monseñor Manning. En el bando opuesto figuraban ya, y figurarían sobre todo después, Monseñor Darboy, Monseñor Ginouilhac, obispo de Grenoble, y Monseñor Dupanloup, en cuyas ideas se inspiraba el diario *Le Français*. Ninguno de estos últimos prelados atacaba la doctrina de la infalibilidad, sino que se limitaban á combatir la oportunidad de una definición dogmática. En aquel mismo tiempo, el decano de la facultad de Teología de París, Monseñor Maret, publicó, con el título *Del concilio general y de la paz religiosa*, una obra muy notable en la que discutía la creencia en sí y además reclamaba la periodicidad de los concilios. Donde mayor resistencia encontraban las teorías desarrolladas por la *Civiltà* era en Alemania: un gran número de católicos reunidos en Coblenza habían protestado, en un mensaje dirigido al obispo de Tréveris, contra los propósitos atribuídos á la Curia romana, y habían resumido, como en una especie de *capítulo de deseos*, las aspiraciones religiosas de su patria; y posteriormente diez y nueve obispos congregados en Fulda habíanse dedicado, en una carta dirigida á sus diocesanos, á ocultar bajo muchos elogios muchos consejos y habían denunciado las tendencias de aquellos á quienes denominaban «hombres exaltados.» Estos documentos, escritos en estilo muy serio y llenos de gran elevación cristiana, no denotaban la menor pasión; pero en cambio no faltaban allende el Rhin periodistas ni catedráticos ardientes que extremaban y los revestían de formas aceradas, y que empleando los

razonamientos de la teología más sutil, combatían las doctrinas ultramontanas, apelaban á los recursos de su erudición y se burlaban sobre todo de la menguada ciencia italiana. En estas polémicas, que se iban encendiendo de día en día, podía descubrirse un resto de una antigua rivalidad, la del espíritu germánico contra el espíritu latino, la del imperio contra el sacerdocio. El más ilustre de esos contendientes era un sacerdote, el canónigo Doellinger, famoso entonces por su ciencia y por sus conocimientos, y el único que más adelante se había de pasar á la herejía.

Esta escisión, sin embargo, no debía producirse en Alemania hasta después del concilio. Antes, es decir, durante el otoño de 1869, una defección dolorosa, aunque completamente aislada, afligió á la Iglesia de Francia: el arzobispo de París había confiado desde hacía muchos años los sermones de Adviento que se predicaban en Nuestra Señora, á un religioso de la orden de los Carmelitas, llamado el padre Jacinto, en quien se juntaban la mayor parte de las cualidades externas que subyugan á las multitudes, tales como una voz sonora, unos ademanes amplios y magníficos y un porte majestuoso. Su pensamiento, dado con exceso á las imágenes y á menudo flotante, tenía á veces soberbios arrebatos; gustaba de interpretar las Sagradas Escrituras, fijándose más en el Antiguo Testamento que en el Evangelio, y para traducir las escenas bíblicas encontraba acentos encantadores. Después de haber hablado de los tiempos antiguos en un lenguaje lleno de poesía, hablaba de los tiempos modernos con efusiones que rebosaban de esperanzas. El conferenciante obtuvo un éxito inmenso y en más de una ocasión el aspecto de la catedral recordó los grandes días de Lacordaire. Los fieles hasta llegaron á olvidar un poco al muy sabio y muy docto padre Félix que, encargado de los sermones de la cuaresma, seguía su santa y laboriosa carrera sin preocuparse de otra cosa que del bien de las almas. Sin embargo, el encanto que producía el padre Jacinto no llegaba al extremo de que la aprobación no estuviera mezclada con ciertos temores: la palabra del predicador dejaba en los espíritus, más bien que ideas, imágenes; no había en ellas doctrina sólida y además estaban sembradas de máximas conturbadoras que habrían parecido atrevidas aun en una asamblea profana. De cuando en cuando, una explícita profesión de adhesión á la Iglesia tranquilizaba á los más alarmados; pero pronto renacía el equívoco. Una de sus tesis habituales era seguir, en una especie de paralelo, las tres formas religiosas más perfectas, el judaísmo, el catolicismo y el protestantismo, y con frecuencia la comparación terminaba sin una conclusión perfectamente comprensible, exceso de imparcialidad que, aun á los ojos de los menos devotos, no dejaba de ser extraña en un sacerdote. No obstante todo esto, la autoridad eclesiástica se mostraba tolerante por varios motivos: en primer lugar, la orden de los Carmelitas estaba orgullosa de tan famoso orador; y en segundo, como las denuncias se formulaban especialmente en el *Univers*, no se dió importancia á unos ataques que englobaban indistintamente á todos los liberales. Monseñor Darboy, aunque algo inquieto, seguía teniendo confianza en aquel á quien había escogido. Súpose, empero, que la predicación no era lo único merecedor de crítica en el padre Jacinto: en efecto, al prin-

cipio de su celebridad, en una reunión de gente joven había hablado de la Revolución de 1789 en términos que habían causado emoción profunda; y mucho más recientemente había publicado en una revista de Génova una carta en la que juzgaba el pasado con la más despreciativa injusticia y el presente con la confianza más temeraria, avivando con ello los temores de aquellos que ponían en duda su prudencia para no tener que dudar de su fe. Se le dieron consejos, que escuchó con deferencia, pero que no siguió. En el entretanto, se publicaron los artículos de la *Civiltà*, y aunque todavía se contuvo, la infalibilidad del papa fuera de los concilios le exasperó, por ser, en su concepto, resurrección de la idolatría. En el mes de junio de 1869 celebróse el *Congreso de la Liga de la paz* y en él pronunció el padre Jacinto palabras, si no heterodoxas, fecundas en ambigüedades; entonces á los consejos sucedieron las advertencias conminatorias, prohibiéndosele mezclarse en las controversias religiosas, tomar parte en las reuniones públicas, asistir á las deliberaciones de las Cámaras legislativas y hablar fuera de las iglesias. Pero estas severidades estaban suavizadas por una gran indulgencia; en efecto, la carta en donde estaban consignados esos apercibimientos contenía también bondadosas exhortaciones que casi eran excusas. «Bien puede un padre dirigir estas palabras á su hijo, aunque sea un gran orador,» decía el superior de la orden (1). Mas, á pesar de esta moderación caritativa, la reprensión quedaba subsistente; poco tiempo después el padre Jacinto abandonó su convento y en 20 de septiembre de 1869 hizo pública su resolución por medio de una carta que le separaba, no sólo de su congregación, sino además de la Iglesia católica. Sus amigos quedaron aterrados y no faltó quien tratara de sacar de esta conducta una moraleja y de ver en ella el fruto natural del liberalismo; pero hubo asimismo quienes intentaron meritorios esfuerzos para retener al que ya se lanzaba al abismo. «El padre Jacinto debe sufrir mucho en este momento, dijo Monseñor Darboy, y no es bueno pisotear á los que sufren (2);» y efectivamente se abstuvo de toda reprensión irritada. Monseñor Dupanloup, en medio de sus insistentes súplicas, no pudo reprimir algunos duros reproches; y Montalembert dirigió al hombre en quien había esperado uno de los llamamientos más nobles que un alma humana puede dirigir á otra (3). Pero era demasiado tarde, y el sacerdote, separado en lo sucesivo de la Iglesia, recibió vestido con traje laico á los mensajeros que le fueron enviados.

(1) Carta de 22 de julio de 1869. — Véase también *Revue chrétienne*, enero de 1870, págs. 65-97.

(2) Cardenal Foulón, *Vie de Mgr. Darboy*, pág. 311.

(3) Véase *Vie de M. de Montalembert*, por el P. Lecanuet, tomo II, págs. 450-452.

riodicidad de los concilios, por una mayor participación de los obispos en el gobierno de la Iglesia, y por un menor exclusivismo en la designación del personal de las congregaciones romanas. Expresábase en él el deseo de que los católicos, privados de sus antiguos privilegios, recobrasen su influencia «tomando una parte más activa en el uso de las libertades generales;» y en cuanto á la cuestión de la infalibilidad, los redactores (pues el artículo era fruto de un trabajo colectivo) se mostraban en extremo prudentes, y la sola suposición que descartaban, como indigna de la Iglesia y por ende imposible, era la de una votación obtenida por sorpresa ó prematuramente formulada por aclamación



El padre Jacinto

Tan enardecidos estaban los ánimos, que los más apasionados vieron ó aparentaron ver en tan moderado programa una usurpación en menoscabo del concilio futuro. Los obispos hacían los preparativos de su viaje en medio de un tumulto que de día en día tomaba mayores proporciones: á la tranquila enseñanza de las escuelas eclesiásticas ó de los seminarios había sucedido una teología ignorante y batallona que se arrogaba el derecho de juzgar, de condenar ó de absolver; disputábase en los salones, en los círculos, en las asociaciones piadosas, en las sacristías, en los locutorios de los conventos; y la prensa indiferente ó antirreligiosa no dejaba de tomar gran interés en estas contiendas, insertaba toda clase de sofismas ó de alegres impiedades, y del conflicto de ambas doctrinas deducía la vacuidad de una y otra. El *Univers* había organizado, bajo la forma de suscripción para los gastos del concilio, una amplia petición en favor de la infalibilidad, y cada día publicábanse en sus columnas las adhesiones, acompañadas unas veces de efusiones piadosas y otras de anatemas ó de injurias, con lo que se realizaba un plebiscito medio laico y medio eclesiástico, el más extraño de todos y no el menos peligroso. Impresionado por estos peligros, Monseñor Dupanloup, que hasta entonces se había reprimido, hizo observar con su natural ardor la inconveniencia de las manifestaciones; contestó Veuillot, re-

plicó el prelado y así se llegó á fines de otoño, época en que estaban ya reunidos en Roma la mayoría de los prelados.

III

El día 8 de diciembre fué uno de los más solemnes en la historia de la Iglesia: en ese día se inauguró el vigésimo concilio ecuménico, ofreciendo el espectáculo más imponente que jamás había brillado ante los ojos y penetrado en las almas. La asamblea se reunía en la Basílica de San Pedro: Bramante y Miguel Angel habían proporcionado el escenario, y todo cuanto el arte tiene de más magnífico se unía á lo que la religión tiene de más sagrado. Fuera, la lluvia, empujada por las ráfagas del viento invernal, azotaba las paredes del templo; dentro todo era esplendor, luz, armonía, y este contraste parecía la imagen de la propia Iglesia, radiante y confiada en medio de la tempestad. Formando larga procesión y entonando el *Veni Creator*, avanzaban los obispos que habían acudido de todos los puntos del globo, los de Europa, los de Oriente, los del continente nuevo, y finalmente, los vicarios apostólicos, pastores de diócesis todavía indecisas y que en su porte más humilde representaban á la Iglesia en su regia pobreza. Después celebróse un ceremonial que recordaba los tiempos antiguos, pero tan remotos, tan olvidados, que ninguna novedad habría ofrecido los atractivos de aquellas cosas viejas. Entre tanto, todas las miradas se fijaban en Pío IX, y los asistentes no se cansaban de admirar los designios de la Providencia que para robustecer el poder espiritual del pontífice había escogido precisamente los días en que perdía todo su poder visible.

Cuando se hubo saciado bien de aquellas pompas, la curiosidad pública cambió de objeto y su principal preocupación fué descubrir las tendencias que prevalecerían en el concilio. Las mismas divisiones que se habían producido en el mundo habían de aparecer también en el concilio, presentándose en primer término la cuestión de la infalibilidad, cuestión dominante hasta el punto de obscurecer á todas las demás.

El día 3 de enero los partidarios de la definición propusieron á sus colegas la firma y presentación de un *Postulatum* declarando «que la autoridad del pontífice romano es soberana y, por consiguiente, infalible cuando, usando del poder apostólico, decide sobre las cosas de la fe y de las costumbres y enseña lo que debe ser creído y observado y lo que debe ser rechazado y condenado.» Fácil era prever que no faltarían adhesiones. Conocidos eran los sentimientos del Padre Santo, y los familiares del Vaticano afirmaban con ardor lo que el mismo papa se desdeñaba de disimular; además, la propaganda se fundaba en una consideración que desvanecía todos los escrúpulos, á saber, que no se trataba de proclamar máximas nuevas ó discutidas, sino de consagrar una creencia casi universal. Monseñor Pie no consideró prematuro desarrollar desde el púlpito de San Andrés *della Valle*, durante las fiestas de la Epifanía, la tesis que el concilio no había todavía abordado, y luego, aludiendo con bastante claridad á los *católicos liberales*, habló de «esos dos ó tres falsos resplandores que durante el siglo habían extraviado á

los hombres y turbado la vista aun de los más sabios (1).» Por aquel mismo tiempo, la doctrina formulada por el *Postulatum* encontró en Francia en la persona de dom Gueranger un defensor á quien nadie habría podido sobrepujar: el sabio benedictino agotó, por decirlo así, en su libro sobre la *Monarquía pontificia*, la controversia; ¡tan profundos fueron sus argumentos! El partido infalibilista disponía además de grandes contingentes formados por los obispos de España y de Italia y también por los vicarios apostólicos, poco versados en los debates teológicos, pero sencillos como los hombres de acción y que descansaban filialmente en Pío IX como en el mismo representante de Jesucristo. El *Postulatum* reunió muy pronto cuatrocientas diez y nueve firmas.

Este entusiasmo excedía á todos los temores del partido contrario, el cual redactó un *contra-postulatum* que obtuvo unas ciento treinta adhesiones. En vista de tan gran desigualdad, los obispos hostiles á la definición, muy ilustres, en general, por su saber, por su consideración y por la importancia de sus sedes, se esforzaron en suplir la pequeñez numérica por su estrecha unión. Los franceses acostumbraron reunirse unas veces en el palacio *Salviati*, residencia del cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzón, y otras en la *vía Condotti*, en casa del arzobispo de París: los principales eran Monseñor Ginouilhac, famoso por su ciencia teológica; Monseñor Dupont des Loges, obispo de Metz, personaje de carácter austero y de altas virtudes; y, por último, Monseñor Dupanloup. A esas reuniones asistía también á veces Monseñor de Merode, íntimo de Pío IX, pero dominado por un gran temor, el de que haciendo más pesado el yugo de la fe, se empujara hacia el cisma á los pueblos de raza germánica (2). Los más resueltos en la oposición eran los alemanes, siendo los más notables de ellos Monseñor Haynald, arzobispo de Colocza; Monseñor Hefelé, obispo de Rottemburgo; Monseñor Strossmayer, obispo de Sirmium; Monseñor Ketteler, obispo de Maguncia, y el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena. Después de largos y penosos esfuerzos, nombróse un comité internacional que concentrara toda la resistencia. Fuera de aquel grupo habíase formado otro, al que hubiera podido designarse con el nombre de *tercer partido* y que, sin entrar en discusiones teológicas, se proponía ganar tiempo, aplazar las cuestiones irritantes y encontrar soluciones moderadas: así obraban Monseñor Forcade, obispo de Nevers, y sobre todo el cardenal de Bonnechose.

La situación de todos estos prelados no dejaba de ser embarazosa; lo que más les preocupaba no era la infalibilidad, porque casi todos creían en ella, sino las tendencias generales que parecía señalar el reciente *Postulatum*. ¿Qué otras cuestiones se enlazarían con la única que hasta entonces se había agitado? Dentro de este criterio observábanse todos los indicios que parecían revelar en el gobierno pontificio el propósito oculto de restringir las atribuciones de la asamblea: el Padre Santo había designado por sí mismo todos los funcionarios del concilio; todas las comisiones habían sido nombradas bajo su inspiración; no se levantaba acta de las sesiones; no había el derecho de hacer imprimir los discursos pronunciados; y hasta las condiciones acústicas

(1) *Oeuvres du cardinal Pie*, tomo VI, pág. 575.
(2) Besson, *Vie de Mgr. de Merode*, pág. 280.

IV

cas del salón hacían difíciles las discusiones. Los más pesimistas comenzaban ya á temer una centralización excesiva en los asuntos eclesiásticos y predecían la prepotencia de ciertos cardenales ó prelados, italianos todos, que ejercerían de hecho la plenitud del poder espiritual: tales habían de ser, decíase en voz baja, los frutos del concilio. Mayor era aún la preocupación por los conflictos que podrían surgir entre la sociedad laica y la sociedad religiosa. ¿Se reproducirían las doctrinas del *Syllabus* imponiéndolas definitivamente á los fieles? Aparte de esto, se temía que el Estado tomase represalias y acabase por separarse de la Iglesia.

Estas previsiones alarmistas engendaban una especie de malestar que vemos reflejado aún en la correspondencia de los obispos más moderados. En 12 de enero Monseñor de Bonnechose escribía: «Me preocupa en alto grado el sesgo que toma el concilio... y temo un fracaso que sería un menoscabo para la Iglesia y un triunfo para sus enemigos (1).» En 31 de enero aventuraba la idea de una suspensión del concilio, si bien añadía «que sería un remedio extremado y lleno de inconvenientes.» El 10 de febrero anotaba nuevamente sus lamentaciones en su *Libro Diario*: «No se adelanta nada, escribía; los ánimos se encuentran en vez de calmarse. Paréceme como si estuviéramos embarcados para una travesía difícil en un buque agitado por las olas y en el que todo el mundo está mareado.» Las mismas apreciaciones llenas de inquietud encontramos en la correspondencia del grave obispo de Metz, quien en 17 de enero, en una carta dirigida al conde de Chambord, se expresaba en los siguientes términos: «He de decirlo, Monseñor, que siento cierta tristeza. Humanamente hablando, no parece que el concilio haya de corresponder á la esperanza universal: mucho se espera de esta solemne asamblea, y hasta el presente nada veo que permita presagiar grandes cosas y grandes resultados (2).» Los obispos de la oposición y los del tercer partido, algo inquietos por el presente y más aún por el porvenir, volvíanse á todos lados en busca de un punto de apoyo. El cardenal Antonelli «comprendía lo que pasaba, pero se resistía á obrar.» Los que rodeaban al Padre Santo «temían, sobre todo, decir al papa aquello que suponían que le había de disgustar (3);» y los que á él lograban acercarse le encontraban bueno, afectuoso, dispuesto á escuchar todo cuanto le dijeran. Pero estaba notoriamente al lado de los infalibilistas. En tales circunstancias podría ejercerse una influencia moderadora, la de los gobiernos, sobre todo del de Francia, que por su protección al pontífice tenía derecho á ser escuchado; pero esta idea dejaba perplejos á los obispos, quienes en unos momentos la aceptaban y en otros la rechazaban con escrúpulos y casi con remordimientos, porque cualquier llamamiento al poder secular podía parecer una tentativa de intimidación contra la Santa Sede y jamás se habrían perdonado la menor sombra de presión inconveniente sobre Pío IX, á quien amaban y veneraban y á quien se desesperaban de tener que contradecir y entristecer.

(1) *Livre-Journal (Vie du cardinal de Bonnechose)*, tomo II, página 108.

(2) Véase *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el Padre Klein, páginas 239-241.

(3) *Livre-Journal du cardinal de Bonnechose*.

Durante todo el año 1860, el gobierno francés (que era aquel cuya conducta había de arrastrar á las potencias católicas) había persistido en la actitud expectante que hemos descrito. El príncipe de Hohenlohe, primer ministro de Baviera, había propuesto en el mes de abril la celebración de una conferencia europea para conjurar los peligros que el concilio pudiera entrañar para las ideas modernas; pero este proyecto no había tenido consecuencias. En el mes de octubre el Sr. de la Tour d'Auvergne redactó para uso de nuestro embajador en Roma una instrucción diplomática que resumía los propósitos del gabinete imperial: en ella se desaprobaba de antemano toda resolución cuyo objeto fuese aumentar desmesuradamente las prerrogativas del pontífice romano; se recordaban las tempestades en otro tiempo levantadas por el *Syllabus*; se aconsejaba la evitación de máximas demasiado absolutas; y se manifestaba el deseo de que el elemento italiano no tuviera tanta preponderancia en el gobierno de la Iglesia. Era indudable que varias de estas indicaciones serían poco agradables á Pío IX; pero los consejos estaban formulados con tal acento de lealtad respetuosa, que de ellos no podía resultar ningún rozamiento duradero. Poco tiempo después, en 29 de noviembre, el emperador, con motivo de abrir la legislatura, quiso borrar con palabras amables toda huella de disgusto, y á este efecto dijo en su discurso: «De la reunión de todos los obispos del orbe católico sólo puede esperarse una obra de sabiduría y de conciliación.»

Así las cosas, habíase constituido el gabinete del 2 de enero. El ministerio de Relaciones exteriores había sido confiado, como hemos dicho, al Sr. Daru, católico muy leal á la Iglesia. La solicitud con que este ministro miraba los intereses religiosos hubiera debido hacer más fáciles y más cordiales las relaciones con la Curia romana; pero como estaba trastornado todo, sucedió lo contrario.

Este hecho singular se explica por las divergencias que en aquel entonces separaban á las almas más cristianas. Los dos partidos discutían con ardor y sin grandes probabilidades de llegar á una inteligencia, fundándose los unos en la teología pura que no admite transacciones, y los otros en la política que sólo vive de compromisos. El Sr. Daru tenía por amigos al Sr. de Montalembert, al príncipe de Broglie y al Sr. Cochín, y patrocinaba al periódico *Le Français*; además, hijo de un alto dignatario del primer imperio, habíase educado en el respeto al concordato, y más exclusivo en esto que sus correligionarios en política y en religión, no admitía nada fuera de las máximas por aquel documento consagradas. Era, según la expresión de la época, un *católico liberal*, lo que á los ojos de ciertos espíritus exaltados parecía entonces peor aún que no ser católico. Llegado al gobierno, el nuevo ministro consideró que su deber como buen francés y cristiano era ayudar á los obispos de la minoría; y así lo hizo, en efecto, acaso sin medir todas las dificultades que había de crearle semejante conducta.

Y cuenta que en un principio se mantuvo dentro de la más extremada prudencia. En una nota que se encontró entre sus papeles y en la cual traza el programa